

EL REY DE LOS ESPANTOS:

DESESPERANZA, DERROTA Y MUERTE

Al ponerme otra vez de pie comprendí de pronto el misterio del cambio que había advertido en la celda. Ya he dicho que, si bien las siluetas de las imágenes pintadas en los muros eran suficientemente claras, los colores parecían borrosos e indefinidos. Pero ahora esos colores habían tomado un brillo intenso y sorprendente, que crecía más y más y daba a aquellas espectrales y diabólicas imágenes un aspecto que hubiera quebrantado nervios más resistentes que los míos. Ojos demoniacos, de una salvaje y aterradora vida, me contemplaban fijamente desde mil direcciones, donde ninguno había sido antes visible, y brillaban con el cárdeno resplandor de un fuego que mi imaginación no alcanzaba a concebir como irreal. ¡Irreal...! Al respirar llegó a mis narices el olor característico del vapor que surgía del hierro recalentado... Aquel olor sofocante invadía más y

más la celda... Los sangrientos horrores representados en las paredes empezaron a ponerse rojos... Yo jadeaba, tratando de respirar. Ya no me cabía duda sobre la intención de mis torturadores. ¡Ah, los más implacables, los más demoniacos entre los hombres! Corrí hacia el centro de la celda, alejándome del metal ardiente. Al encarar en mi pensamiento la horrible destrucción que me aguardaba, la idea de la frescura del pozo invadió mi alma como un bálsamo. Corrí hasta su borde mortal. Esforzándome, miré hacia abajo.

[...]

Por fin no hubo ya en el piso del calabozo ni una pulgada de asidero para mi chamuscado y convulso cuerpo. Cesé de luchar, pero la agonía de mi alma se expresó en un agudo, prolongado alarido final de desesperación. Sentí que me tambaleaba al borde del pozo... Desvié la mirada...

E. A. Poe, «El pozo y el péndulo» (1842)

El narrador consigue escapar del péndulo, pero muy pronto los verdugos comienzan otro proceso para acabar con su vida: calentar las paredes de hierro de la celda al tiempo que esta se va estrechando y acortando, con lo que el narrador es consciente de que la venganza «se aceleraba después de mi doble escapatoria, y ya no habría más pérdida de tiempo por parte del Rey de los Espantos» y la horrible diferencia entre la forma anterior de la celda y la de ahora «se acentuaba rápidamente, con un resonar profundo y quejumbroso». El protagonista, desesperado ante el pavor de morir aplastado por unos paneles incandescentes, decide lanzarse al pozo.

John DePol (1913-2004) nos ofreció una magistral visión de esta agonía final en dos viñetas: la primera nos muestra al narrador empujado por las pinturas de las paredes y la segunda presenta al reo tal y como, desesperado, imagina su final: abrasado por las planchas de hierro y cayendo al foso. Es una imagen única en toda la historia gráfica de este cuento que, al igual que el resto de los grabados de DePol, refleja un muy expresivo uso de la xilografía.

